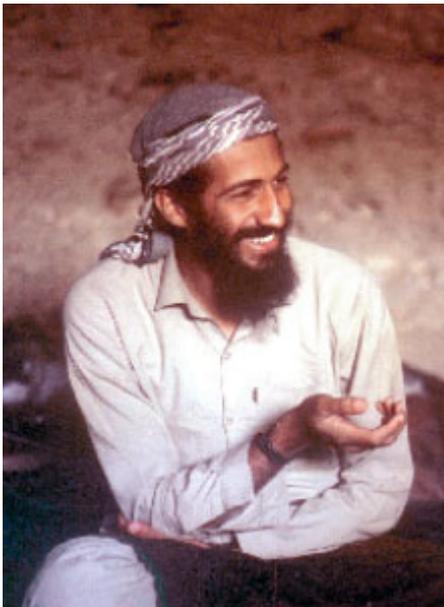


# La satisfacción de Bin Laden

[Haizam Amirah Fernández](#)

**La guerra contra el terrorismo es un regalo para el líder de Al Qaeda .**



¿La victoria del terror?

El 23 de febrero de 1998, Osama Bin Laden y otros líderes islamistas radicales creaban el Frente Islámico Mundial para la Yihad contra los Judíos y los Cruzados. Según ellos, Estados Unidos y sus aliados habían declarado la guerra contra los musulmanes. Alegaban motivos como la presencia militar estadounidense en las tierras santas del islam para apoderarse de sus riquezas y humillar a sus habitantes, el sufrimiento causado al pueblo iraquí a raíz de la guerra del Golfo y el posterior embargo y el apoyo de Washington a Israel, con el fin de debilitar a los Estados árabes y sembrar la desunión entre ellos. Por esto, Bin Laden dictaminaba que “matar a los estadounidenses y a sus aliados, civiles y militares, es una obligación individual de todo musulmán que lo pueda hacer en todo país en que le sea posible, hasta que se liberen la mezquita de Al-Aqsa y la mezquita de La Meca de su garra, y hasta que sus ejércitos salgan de toda la tierra del islam”.

Siete años más tarde, el balance de lo ocurrido no parece ir en contra de los intereses de Bin Laden y sus seguidores. Más bien todo

lo contrario: han demostrado su capacidad de materializar sus amenazas contra Estados Unidos y sus aliados; han conseguido alterar la vida diaria de las sociedades abiertas y recortar algunas libertades de sus ciudadanos, y han contribuido a generar inseguridad en distintas partes del planeta. Tras el 11-S, las tropas estadounidenses abandonaron Arabia Saudí, país cuya estabilidad interna se ha degradado debido a la amenaza *yihadista* (causante, en parte, de que el precio del petróleo se haya triplicado desde finales de 2001). Pero lo que resulta más alarmante a largo plazo –y, por consiguiente, es el mayor éxito de Bin Laden– es que ha pasado de dirigir una organización con una capacidad operativa limitada a convertirse en inspiración para numerosos grupos autónomos, presentes en decenas de países. No es de extrañar que exista la sensación de que el mundo es hoy menos seguro que hace unos años.

La guerra de Afganistán causó daño a Al Qaeda como organización (aunque muchos de sus miembros tuvieron tiempo suficiente para huir). Sin embargo, la invasión y ocupación de Irak han fortalecido a Al Qaeda como ideología. Durante años, los dirigentes *yihadistas* han elaborado un discurso sofisticado, en la línea de las tesis de Huntington sobre el inminente choque de civilizaciones, para alertar a los musulmanes sobre “la nueva cruzada, liderada por Estados Unidos, contra la nación musulmana”. En este contexto, las políticas estadounidenses hacia Irak, diseñadas por los neoconservadores, se han utilizado para confirmar las advertencias de Bin Laden, al tiempo que queda patente la distancia entre los objetivos declarados de democratizar ese país y la realidad de la catástrofe cotidiana en que está sumido. Al declarar una *guerra contra el terrorismo*, George Bush confirió una legitimidad al movimiento *yihadista* internacional, que ha visto crecer su número de simpatizantes y afiliados, incluso en la modalidad suicida.

Bin Laden se ha convertido en pocos años en el *consejero delegado* de

la mayor franquicia mundial del terror. El personaje es percibido con frecuencia como uno de los más influyentes en la política internacional. Mientras tanto, él y sus más próximos colaboradores siguen en libertad y bien informados de la actualidad, a juzgar por sus periódicas apariciones. Su manejo de las nuevas tecnologías de la información les permite gestionar campañas propagandísticas y diseminar mensajes

---

con gran eficacia, mientras que su conocimiento de cómo funcionan los medios de comunicación les sirve para amplificar los efectos de sus acciones y amenazas. Los elevados costes económicos de la *guerra contra el terrorismo* y de los ataques perpetrados por islamistas radicales son empleados por Bin Laden como prueba del éxito de su empresa. De ahí la insistencia en aprovechar las vulnerabilidades económicas del sistema internacional para atacar a los intereses de Estados Unidos y sus aliados.

Cuando Bin Laden pregunta desafiante a los estadounidenses “¿acaso vuestra sangre vale más que la nuestra?”, genera una simpatía hacia él entre muchos árabes y musulmanes. A esto se suman su carisma y la imagen que se ha creado de líder humilde y austero. Ésta no es precisamente la idea que dichos ciudadanos tienen de sus líderes políticos. Esa visión positiva se extiende incluso entre sectores que no tolerarían vivir bajo un sistema puritano como el que desearía instaurar Bin Laden, y no está reñida necesariamente con el rechazo hacia el asesinato indiscriminado de civiles en acciones terroristas. Este fenómeno es muy preocupante, pero también contiene la esperanza de que el apoyo al líder de Al Qaeda termine cuando desaparezcan las causas que alimentan el profundo descontento que existe hacia Estados Unidos y su política exterior, y al final sólo quede el rechazo hacia los crímenes *yihadistas*.

El éxito final de Bin Laden sería polarizar a las sociedades occidentales y musulmanas. Las acciones terroristas cometidas por Al Qaeda y sus grupos afines han contribuido a que en distintas partes del mundo se identifique al islam y a quienes lo profesan con el extremismo asesino de unos pocos. Eso es lo que busca Bin Laden: tratar de erigirse en el representante y portavoz de todos los seguidores de Mahoma del mundo. En Estados Unidos ya se han oído voces exaltadas que piden el bombardeo de los lugares santos del islam si Al Qaeda vuelve a atentar en territorio estadounidense. El terrorista saudí no podría recibir mejor regalo que ver radicalizados a millones de musulmanes de todo el mundo. Algo así podría hacer saltar la chispa que inicie la insurgencia mundial que persiguen los *yihadistas*. Bin Laden ha hecho grandes avances en sus proyectos, pero las sociedades democráticas tienen la capacidad de acabar con ellos, siempre que sean conscientes de la vulnerabilidad que suponen las incoherencias en la aplicación de sus propios valores y principios, dentro y fuera de casa.

**La guerra contra el terrorismo es un regalo para el líder de Al Qaeda . [Haizam Amirah Fernández](#)**



¿La victoria del terror?

El 23 de febrero de 1998, Osama Bin Laden y otros líderes islamistas radicales creaban el Frente Islámico Mundial para la Yihad contra los Judíos y los Cruzados. Según ellos, Estados Unidos y sus aliados habían declarado la guerra contra los musulmanes. Alegaban motivos como

la presencia militar estadounidense en las tierras santas del islam para apoderarse de sus riquezas y humillar a sus habitantes, el sufrimiento causado al pueblo iraquí a raíz de la guerra del Golfo y el posterior embargo y el apoyo de Washington a Israel, con el fin de debilitar a los Estados árabes y sembrar la desunión entre ellos. Por esto, Bin Laden dictaminaba que “matar a los estadounidenses y a sus aliados, civiles y militares, es una obligación individual de todo musulmán que lo pueda hacer en todo país en que le sea posible, hasta que se liberen la mezquita de Al-Aqsa y la mezquita de La Meca de su garra, y hasta que sus ejércitos salgan de toda la tierra del islam”.

Siete años más tarde, el balance de lo ocurrido no parece ir en contra de los intereses de Bin Laden y sus seguidores. Más bien todo lo contrario: han demostrado su capacidad de materializar sus amenazas contra Estados Unidos y sus aliados; han conseguido alterar la vida diaria de las sociedades abiertas y recortar algunas libertades de sus ciudadanos, y han contribuido a generar inseguridad en distintas partes del planeta. Tras el 11-S, las tropas estadounidenses abandonaron Arabia Saudí, país cuya estabilidad interna se ha degradado debido a la amenaza *yihadista* (causante, en parte, de que el precio del petróleo se haya triplicado desde finales de 2001). Pero lo que resulta más alarmante a largo plazo –y, por consiguiente, es el mayor éxito de Bin Laden– es que ha pasado de dirigir una organización con una capacidad operativa limitada a convertirse en inspiración para numerosos grupos autónomos, presentes en decenas de países. No es de extrañar que exista la sensación de que el mundo es hoy menos seguro que hace unos años.

La guerra de Afganistán causó daño a Al Qaeda como organización (aunque muchos de sus miembros tuvieron tiempo suficiente para huir). Sin embargo, la invasión y ocupación de Irak han fortalecido a Al Qaeda como ideología. Durante años, los dirigentes *yihadistas* han elaborado un discurso sofisticado, en la línea de las tesis de Huntington sobre el inminente choque de civilizaciones, para alertar a los musulmanes sobre “la nueva cruzada, liderada por Estados Unidos, contra la nación musulmana”. En este contexto, las políticas estadounidenses hacia Irak, diseñadas por los neoconservadores, se han utilizado para confirmar las advertencias de Bin Laden, al tiempo que queda patente la distancia entre los objetivos declarados de democratizar ese país y la realidad de la catástrofe

cotidiana en que está sumido. Al declarar una *guerra contra el terrorismo*, George Bush confirió una legitimidad al movimiento *yihadista* internacional, que ha visto crecer su número de simpatizantes y afiliados, incluso en la modalidad suicida.

Bin Laden se ha convertido en pocos años en el *consejero delegado* de

la mayor franquicia mundial del terror. El personaje es percibido con frecuencia como uno de los más influyentes en la política internacional.

Mientras tanto, él y sus más próximos colaboradores siguen en libertad y bien informados de la actualidad, a juzgar por sus periódicas apariciones. Su manejo de las nuevas tecnologías de la información les permite gestionar campañas propagandísticas y diseminar mensajes con gran eficacia, mientras que su conocimiento de cómo funcionan los medios de comunicación les sirve para amplificar los efectos de sus acciones y amenazas. Los elevados costes económicos de la *guerra contra el terrorismo* y de los ataques perpetrados por islamistas radicales son empleados por Bin Laden como prueba del éxito de su empresa. De ahí la insistencia en aprovechar las vulnerabilidades económicas del sistema internacional para atacar a los intereses de Estados Unidos y sus aliados.

Cuando Bin Laden pregunta desafiante a los estadounidenses “¿acaso vuestra sangre vale más que la nuestra?”, genera una simpatía hacia él entre muchos árabes y musulmanes. A esto se suman su carisma y la imagen que se ha creado de líder humilde y austero. Ésta no es precisamente la idea que dichos ciudadanos tienen de sus líderes políticos. Esa visión positiva se extiende incluso entre sectores que no tolerarían vivir bajo un sistema puritano como el que desearía instaurar Bin Laden, y no está reñida necesariamente con el rechazo hacia el asesinato indiscriminado de civiles en acciones terroristas. Este fenómeno es muy preocupante, pero también contiene la esperanza de que el apoyo al líder de Al Qaeda termine cuando desaparezcan las causas que alimentan el profundo descontento que existe hacia Estados Unidos y su política exterior, y al final sólo quede el rechazo hacia los crímenes *yihadistas*.

El éxito final de Bin Laden sería polarizar a las sociedades occidentales y musulmanas. Las acciones terroristas cometidas por Al Qaeda

y sus grupos afines han contribuido a que en distintas partes del mundo se identifique al islam y a quienes lo profesan con el extremismo asesino de unos pocos. Eso es lo que busca Bin Laden: tratar de erigirse en el representante y portavoz de todos los seguidores de Mahoma del mundo. En Estados Unidos ya se han oído voces exaltadas que piden el bombardeo de los lugares santos del islam si Al Qaeda vuelve a atentar en territorio estadounidense. El terrorista saudí no podría recibir mejor regalo que ver radicalizados a millones de musulmanes de todo el mundo. Algo así podría hacer saltar la chispa que inicie la insurgencia mundial que persiguen los *yihadistas*. Bin Laden ha hecho grandes avances en sus proyectos, pero las sociedades democráticas tienen la capacidad de acabar con ellos, siempre que sean conscientes de la vulnerabilidad que suponen las incoherencias en la aplicación de sus propios valores y principios, dentro y fuera de casa.

---

Haizam Amirah Fernández es investigador principal del área del mundo árabe en el Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.

**Fecha de creación**  
6 septiembre, 2007